

EL COMERCIO.

VALPARAISO, 20 DE ENERO DE 1839.

Facultades extraordinarias.

*A fuerza de tentonchos
Van cayéndose las brevas;
Unas están ya en capacho,
Pocas son las que nos quedan.*

El Congreso Nacional celebró ayer su primera sesión extraordinaria.—Como lo dijimos ayer, su primera medida ha sido conceder al Gobierno facultades extraordinarias, para que pueda dominar la situación, y proceder pronto y enérgicamente contra los perturbadores del orden público.

En el lugar correspondiente publicamos hoy el acta de la sesión, el decreto de convocatoria y el mensaje del Presidente de la República.

La revolución es un estado anormal, extraordinario. Los que la promueven no respetan nada, puesto que comienzan por atropellar las leyes, sin cuya observancia nadie tiene seguro su pescuezo ni sus intereses.

La represión debe, pues, ser también anormal y extraordinaria.

La tormenta no se conjura con exorcismos, ni la gangrena se corta con paños calientes; para la una se necesitan para-rayos, y para la otra es de necesidad el cauterio o el escalpelo.—Esta es la ley de la naturaleza.—La fuerza de ataque, solo se paraliza y rechaza con una fuerza mayor de resistencia.

El primer deber de los delegados del pueblo, de los representantes de su soberanía, es salvarlo y tomar todas las precauciones legales, para poner a cubierto, de un golpe de mano, su constitución y sus leyes alevosamente atacadas.

Ahora bien. ¿Qué es una revolución a mano armada? Es un golpe de mano intentado contra las autoridades que representan legalmente a la soberanía nacional; es la lucha de la arbitrariedad con la ley; es la fuerza en pugna con el derecho; es la materia ciega y bruta en choque con la idea, que es una emanación del espíritu; es el movimiento irreflexivo y sin objeto, que turba la armonía e interrumpe la marcha inteligente y segura de las sociedades, que caminan hacia su prosperidad, por medio del progreso gradual; es, en fin, entre las plagas la más funesta, entre los delitos el más grave, entre los castigos providenciales el más terrible, entre los errores el más garrafal, y entre los peligros el que debe conjurarse con más prontitud, sin reparar en sacrificios.

Para juzgar, pues, de la conveniencia de la grave determinación tomada por las Cámaras Nacionales, de colocar en manos del Poder Ejecutivo toda la suma de los poderes públicos, basta considerar la desgraciada situación en que algunos hombres enloquecidos por el vértigo de las pasiones políticas, han colocado al país.

A vista de los hechos, ya no queda la menor duda de los intentos de los trastornadores.

Antes podían cubrirse con el manto de la hipocresía, antes podían protestar de su inocencia y tratar de hacer creer a los tontos, que no pensaban en revolución; antes podían calumniar a la judicatura, diciendo que forjaba juicios para hacer aparecer culpables a sus agentes que se ocupaban en seducir la tropa.

Hoy ya no pueden hacer el papel de corderos, porque han arrojado la máscara y han mostrado las uñas. Ahí está el motín de Copiapó, obra de sus esfuerzos, producto de su oro, encabezado por uno de sus copartidarios y por el órgano más desacreditado de su prensa.

Ridículo, insignificante es ese motín; pero quizás su ridiculez y su poca importancia provienen de que sus intrigas y su oro no han conseguido mover al mismo tiempo otros pueblos, que han sabido conocer el peligro a que se les quiere llevar. Sin esa resistencia, sin esa sensatez de los demás pueblos que han intentado corromper, el mal habría sido mucho mayor y más difícil de remediar.

Sin embargo, el mal producido ya es inmenso y no puede calcularse.

El comercio y la industria minera, tan importante en Copiapó, se hallan completamente paralizados; las rentas públicas, tomadas por los anotados, están sirviendo para comprar balas y armas que deben servir para derramar la sangre de los defensores de la ley; la alarma esparcida por casi toda la república impide dedicarse al trabajo y a las especulaciones, que necesitan de paz y de tranquilidad para obtener resultados seguros, y el descrédito producido en el extranjero en circunstancias que nuestro comercio languidece y en que Chile solicita capitales europeos para concluir sus ferrocarriles.

De todos estos males, y muchos más, son causa los autores del motín del Norte. Los que participan de sus ideas hacen poco caso de eso, y ante la patriótica empresa de echar abajo a unos hombres para colocarse en su lugar, esos males, que recaen sobre otros y no sobre ellos, son, en su sentir, miserables bagatelas.

Por fortuna la mayoría de los chilenos piensa de diferente manera; por fortuna están todavía vivos los recuerdos del 51 y fresca la sangre

que se derramó en esa época de tristes recuerdos, sin resultado alguno; por fortuna los representantes de la nación han opinado de diversa manera y van armado al Poder Ejecutivo con todo el poder de la nación y por fortuna, en fin, se ha despertado el espíritu público y los buenos ciudadanos están prontos para apoyar al gobierno, hasta anonadar la rebelión.

En cuanto a los egoístas de por acá, en cuanto a esos hombres sin corazón, para quienes la patria es nada, y el yo su Dios, es preciso que reflexionen (por interés de su mismo bulto, que tanto cuidan y de sus monedas, que tanto aman) que los de su especie residentes en Copiapó están pagando el crimen de su indiferentismo egoísta.

Bentham dice que los hombres por interés, ya que no por virtud, deben cumplir con sus deberes.

El aforismo político del filósofo inglés viene muy al pelo a los egoístas sin patriotismo.

En cuanto a los revoltosos, que todavía no han caído en manos de la autoridad, no está por demás recordarles este adagio vulgar: *cuan-do veas hacer la barba a tu vecino, echa la tuya en remojo.*

La mayor parte de los conspiradores de acción se hallan ya en la impotencia. Quedan todavía algunos, aunque pocos, son los cabezas y los tesoreros de la revolución. Con paciencia y prolijidad va bariéndose la casa hasta que quede limpia del todo. A esto aludíamos, cuando dijimos:

*A fuerza de tentonchos
Van cayéndose las brevas;
Unas están ya en capacho,
Pocas son las que nos quedan.*

(Colaboración de la Capital.)

La situación de Santiago.

Sr. Redactor del Comercio.

Después de repasar en mis rúbricas los diferentes temas que pudieran servir para llenar mi contingente de colaboración en su periódico, encontré que ninguno de ellos era apropiado para las circunstancias presentes. Ahora nadie se fija en artículos de interés jeneral por mas que Vd. los escriba como un Girardin y diga lindezas como un Lamartine; lo que todo el mundo quiere son noticias, y si Vd. no las da, hará el lisonjero papel de *vox clamantis in deserto*. Pero de dónde sacar tanta noticia, dirá Vd., de dónde obtener para todos los días peripecias de combates, motines, armamentos, partes oficiales, oficiales que parten, individuos que salen e individuos que entran? Esto es lo mismo que nos preguntamos todos los periodistas, y esto es precisamente lo que yo me pregunto en el momento en que escribo a Vd. con el objeto de comunicarle alguna *novedad*.

Aun en política, Sr. Redactor, creo agotada la materia. Desde que los hechos ocupan el lugar de las palabras, estas tienen por lo jeneral muy poco efecto y se hacen oír con dificultad, sobre todo, cuando el ilustrado público puede haberse enterado hasta la saciedad en cuanto se ha escrito, sobre la situación, carácter y marcha de la política. Todo el mundo está al cabo de que los opositores nos quieren hacer ver la libertad como ciertos traviesos hacen ver el cielo a los niños suspendiéndolos por las orejas. En balde nos desgajamos protestándoles que no queremos esa libertad, que estamos tranquilos y satisfechos con la tiranía que ellos nos pintan; palabras perdidas, Sr. Redactor; si Vd. no quiere ser libre por grado lo será por fuerza, que es el medio de convencer mas efectivo que se ha conocido desde que Cain mató a Abel, hasta el día en que D. Pedro Leon Gallo se proclamó intendente de Copiapó.

A falta, pues, de un tema interesante para las circunstancias, voy a hacer algunas reflexiones, o dar algunas noticias sobre la situación de esta capital, a donde se dirijen actualmente tantas miradas y expectativas, y de donde salen no pocas hacia las provincias que tiene a izquierda y a derecha.

Desde luengos tiempos, Santiago ofrecía en el mes en que nos encontramos una situación muy diversa a la presente. La jente no pensaba mas que en hacer preparativos de viajes al campo, en diversiones pastoriles, en pasar una vida a la Bartola, o en dormir la siesta. Las calles se mostraban desiertas, silenciosas y tristes; los médicos, los procuradores y los vendedores de frutas las atravesaban de cuando en cuando a caballo. Las puertas de las casas estaban en su mayor parte cerradas, indicando la ausencia de sus dueños, aunque muchos de ellos estuviesen adentro. Los semblantes tenían aspecto de aburrimiento o de somnolencia. Todo convidaba al silencio, al reposo y al sueño. Los que no podían salir al campo y se veían obligados a permanecer en una ciudad que parecía un gran cementerio de vivos-muertos, buscaban como Diógenes con su linterna un amigo con que pasar los ratos que no era dable dormir.

Pero ahora, señor redactor, *cunctum mutatum est illo!* Las calles se ven transitadas por jente a toda hora del día, las puertas están abiertas y muchas librerías de las encerronas del buen tono, los semblantes

sin ser iracundos creen algunos animados y que busca encuentran a cidos no puen sin que se de con la inter *¿Que hai de no quitañe de muchero sublevado, Ac Coquimbo se Colehagua es hoguera; Chil cion, un crá son unos tíz menos las rí que nos ven c jos a aquellos meter miedo si fuéramos n eucos, mucho dia tal vez si ren. Todo i fluencia por mas valedera presente, no Santiago sin lítico; así e personas que cautela y siji provincial; U Don H. salió fué para ab don P., don alfabeto no o cual punto Si esos cabal yentes consp guante, y por cuaternos y l tiene bajo de con arreglo a en revueltas libertad.*

Las noticia travagantes y jan y se dest Al principio das al vapor, to, pero afor acostumbra con toda se chubascos de ran lluvias d lleva. Los qu con ellas, los gozo y de sat *mógrafos de p bres vejigas,* das las mañan durante el día bulaciones, pa tos y susurros cuando ya no dos se dirijen tertuliantes q soplan en el cuentos e inv currentes se por todas pa Pero todo ordinario en po no provi los ánimos pe la la exalta la inquietud e últimos suce ritu de *novede* que forja ta derse alimen acontecimien

Los odios tiendas poli sociedad de partidos no convicciones tacion solo mocito insi echarla de tan temible falderos que su fiereza t Asi no es es semi-hombr en esta ciud der cosa algu dar, por el balde a los los que no s a los pobres chan del ent merciante p buen precio.

Fuera de e ce figurar en tises, hai en S marcada al ó y a la paz. L para las alma tos.

Iba a con dencia con el signar en ella te, cuando ha ra de Diputad 11 del día, en tados, los cui mamente las / rias durante de la Repúbl

Siento tener dactor, que u que apoyaron abras algo a doras en el ser palabras no es y fueron oíd do. Las facult han concedid tener el res asegurar la mar medida pero de mué ellas un uso ra ejercer quienes no l público. El extraordinar der, mas f paz, y las C